

Atreverse con una Herida

¡Hola amigos! Me gustaría saber de memoria una canción que me encanta y que empieza así. “Con tres heridas vengo, con tres heridas: la del amor, la de la muerte, la de la vida...”.

Entramos en la recta final de la Semana Santa, tiempo de la más grande herida. ¿Sabemos nosotros mirar una herida? ¿Nos atrevemos con una herida de Dios?

Y sin embargo tenemos que hacerlo porque hay una gran profecía que nos atañe a todos y que se cumple en estos días: “Mirarán al que traspasaron”. Dios mío, estábamos todos en aquel soldado con la lanza y que representaba, a su pesar, toda la violencia de la que son capaces los hombres, desde las heridas a traición a las torturas, la muerte cruel, los genocidios... Todos representados en aquel costado roto. ¿Habéis visto los desgarrones, las enormes troneras de los crucifijos medievales?

No lo olvidaré nunca. Encontré en Italia, concretamente en Verona, un museo con paredes de cristal que atravesaban ramas de árboles. Y allí, en una sala, la única talla impresionante de un Cristo enorme. Tenía un desgarrón tan terrible en el costado, que, instintivamente, salí corriendo. “¡Que no! ¡Que no quiero verlo!” como diría Lorca, del torero muerto.

Y sin embargo es en ese costado abierto donde las heridas del amor, de la muerte, de la vida se convierten en una sola herida. Es un misterio inmenso que asombraba a muchas almas: “Solo veo el lugar donde la herida no cesa de agrandarse y El se ofrece y abre esa brecha hasta el infinito, rompiendo su cuerpo”.

¡Hay tantas historias de esa herida! Todas las místicas medievales desde Catalina de Siena hasta Edwige de Amberes, patrona de Europa, y también Teresa de Ávila, caían en éxtasis ante esa herida. Su máxima ilusión era acercar los labios a la llaga abierta del costado.

Y lo que puede parecer excesivo es hoy providencial para la Iglesia. Cuando el Papa actual era sólo Cardenal Ratzinger hizo de estas mujeres un juicio certero. Ante los estragos del “gnosticismo”, de los que niegan la humanidad real de Cristo, demostraron que no fue un ectoplasma, sino Dios hecho hombre que, para salvarnos, cargó con nuestras heridas de amor y de muerte.

Es significativo que, hasta resucitado, el Señor quisiera conservar sus agujeros invitando al incrédulo Tomás, “ver para creer”, a meter sus dedos en el costado. Por eso, ante la idea de un Dios impersonal y lejano, se nos invita hoy a volver al Cuerpo de Cristo, a su santa Humanidad, a la cruz gloriosa, a la sangre derramada... Hasta si sentimos que nos falta la fe, podemos meter la mano como Tomás para saber que somos suyos.

Estamos estos días en el tiempo adecuado para que el dolor de las procesiones nos traspase. Yo huía de ellas casi con fobia hasta que, enviada por TVE en misión especial de elecciones, los compañeros me sentaron, sin remedio, en una silla estratégica de la calle Sierpes. Fue una conversión en toda regla. Dejé el sitio de honor y me lancé a esperar los “pasos” por todas las esquinas de Sevilla. Noche completa. Hasta que encerraron al Cachorro, entre saetas que ponían, junto al Guadalquivir, los pelos como escarpas, estuve allí. Seguro que Ratzinger me lo agradecería.

No se por qué me atrevo a pedir que os acordéis alguna vez en estas vacaciones, para que se cumpla la profecía “Mirarán al que Traspasaron”. Miradlo aunque sea de reojo, en la carretera, en las playas, en un buen restaurante... Basta una mirada interior, un golpe de vista.

Os advierto que puede interesaros porque ese terrible agujero tiene para San Bernardo un hermoso sentido: “Todo lo que necesita mi alma, lo robo tranquilamente de las entrañas misericordiosas del Señor. Están lo bastante agujereadas para poder sacarlo con facilidad”. ¿Acaso no sentimos, más de uno, la necesidad de entrar a saco?.

Hasta Unamuno, luchador incansable, deseó descansar allí, a su manera, en una de sus mejores poesías: “Méteme, Padre Eterno, en tu pecho, misterioso hogar. Dormiré allí, pues vengo desecho del duro bregar”.



Si las vacaciones son también para descansar, nada nos impide a nosotros alguna que otra dormidita. ¡Pero no al volante, por favor!.

Os quiere.

Déborah